ALUCINACIÓN

EL álamo bajo el águila,
la pesadumbre...
De dónde
la nube, la ola en la rueca,
la estrella sobre la roca,
las cuerdas tintas en rayo...

Entre los ángeles de agua
el aire trenza y destrenza
sus pies pálidos... Columnas
siempre relampagueando
dentro del mar...
(No tenía
sentido.)

Qué se dirían.
Quién sería el hombre. Quiénes
serían los caballeros
que no estaban... Se levantan
resonando la armadura,
tajando con sus espadas.
De quién será el brazo frío
que ha tocado. En él, el viento
gira y clama. (Una mujer
desparramaba las cartas
sobre el azul del relámpago.)

Tenían los caballeros
cubiertos los hombros de alas
de niebla. Entraba la noche,
pisaba el mar. Quién diría

«que llueve, Señor» (Señor
Amor). Alguno contaba
la guerra donde perdiera
su corazón.

Hace más
de mil años que no canta.
Pero en este instante grita:
«Te quiero, te quiero.»
(Lo sé, aunque no pueda oírlo.)
El cristal multiplicaba
la mesa de humo y de lino
donde se besaron.

Qué juventud a la orilla
de la ceniza, cintura
de escarcha. Los tulipanes
se acodan en el silencio.
Y arden las hojas. La perla
se desnuda entre los rizos
del volcán. Trono de sombra,
agua hilandera. Los ojos
vuelven a vivir sus cárceles.
Pero no puede (¿quién no
puede?) volar de cansancio.

Tenía un vestido púrpura
y brazos blancos. (Mejor
es no pensar, no pensar,
no pensar...)
Eran las doce
de la mañana. Voló
con mucho espanto. Allí habría
ángeles de piedra. Y mucho
espanto.

Y no volverá más.

JOSÉ HIERRO